Encuentros breves: Hojas para el grupo

Estudios bíblicos reformados

¿En qué cree el pueblo presbiteriano?

Estudios bíblicos reformados

¿En qué cree el pueblo presbiteriano?

ESCRITOR
Donald K. McKim

TRADUCTOR
Edwin A. González Castillo

EDITORA
Marissa Galván Valle

Acerca del escritor
DONALD K. MCKIM es un ministro honorablemente jubilado de la Iglesia Presbiteriana (EE. UU.A.). Se ha desempeñado como editor de *Being Reformed: Faith Seeking Understanding*. Fue también editor de *These Days* (2009-2014) y también de *The Present Word* y *Joining the Feast* parte de los comentarios de *Feasting on the Word* de Westminster John Knox Press. Fue Editor Ejecutivo de teología para Westminster John Knox Press (2000-2012) y ha escrito libros publicados en español como *Nuevos/as miembros, Manual de trabajo: El llamado al discipulado*; *Preguntas presbiterianas, respuestas presbiterianas* y *Teología para el pueblo presbiteriano*. También ha trabajado como decano académico y profesor de teología en varios seminarios de los Estados Unidos y como pastor de varias congregaciones .

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que esta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se dé a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios bíblicos reformados* tiene dos archivos: Una «Hoja para el grupo» que se entrega a las personas que participan del estudio y que sirve como encuentro introductorio y de aplicación y una «Guía para líderes» que da herramientas a la persona que dirige el encuentro para interpretar y procesar la información de la hoja para el grupo y para hacer que el encuentro se transforme en acciones y vida en el caminar cristiano.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky. A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada,* © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos que deseen profundizar en su conocimiento bíblico / teológico. Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2023 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

CULTIVEMOS FE

HOJA PARA EL GRUPO 1

¿En qué cree el pueblo presbiteriano?

LECTURAS BÍBLICAS
Génesis 1,1; Marcos 12,29-30; Génesis 1,26-27

LIBRO DE CONFESIONES
10.3

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR
Jesús le respondió: «El primero es: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas».

— Marcos 12,29-30

RECUERDE QUE...
el pueblo presbiteriano recibe la invitación a entender que significa la palabra «presbiteriano» y en qué cree la iglesia presbiteriana, para así entender su identidad dentro de la familia cristiana.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

El pueblo presbiteriano forma parte de una familia más amplia. Tenemos una relación familiar con el grupo de iglesias conocidas como iglesias reformadas. Estas iglesias han existido desde el siglo XVI. Durante la Reforma Protestante en Europa, que comenzó con Martín Lutero (1483–1546), algunas personas cristianas que estuvieron de acuerdo con Lutero en sus críticas a la Iglesia Católica Romana luego disintieron en otros asuntos teológicos. Entre los líderes que fueron prominentes como protestantes, pero no luteranos podemos mencionar a Ulrico Zuinglio (1484–1531), Juan Calvino (1509–1564), y Enrique Bulinger (1504–1575). Las personas que siguieron a estos líderes llegaron a ser conocidos como la comunidad cristiana reformada. Esta comunidad deseaba que la iglesia de Dios fuese reformada—que se apartara de prácticas no bíblicas y se ajustara a lo que esta entendía que las Escrituras enseñaban. La comunidad entendía su fe cristiana a base de las pronunciaciones plasmadas en los escritos teológicos de estos grandes líderes. Entre los teólogos, Juan Calvino llegó a ser el más prominente.

Aunque había diferencias teológicas entre las familias reformadas y luteranas, también había una diferencia de opinión acerca de la mejor (más «bíblica») manera de estructurar la iglesia. Entre las iglesias reformadas, surgió un estilo «presbiteriano» de gobierno para la iglesia. Las congregaciones locales eran gobernadas por «ancianos», un término que es el significado en español de la palabra griega *presbuteros*, de donde se deriva la palabra «presbítero». El cuerpo de gobierno central para un grupo de iglesias era conocido como el «presbiterio», el cual todavía se compone tanto de ministros y ministras como de ancianos y ancianas que representan las congregaciones locales. El nombre «presbiteriano» llegó a describir a estas iglesias. Los presbiterios se relacionaron con las iglesias locales y con los cuerpos gobernantes de un área geográfica más amplia, llamados sínodos, y también con la Asamblea General, que es el cuerpo representativo para el grupo de iglesias (denominación) en su totalidad. A menudo se menciona que el «sistema presbiteriano» sirve de base a la estructura de gobierno de los Estados Unidos: la iglesia local (la ciudad), el presbiterio (condado), el sínodo (estado), y la asamblea general (nacional).

En los siglos posteriores a la reforma protestante, las iglesias reformadas con un sistema de gobierno presbiteriano se extendieron a través de Europa y el Nuevo Mundo. Estaban unidas por una forma de gobierno eclesiástico, pero había grupos de iglesias que se llamaran a sí mismo reformadas—porque se adherían a las teologías de Zuinglo y Calvino—pero que adoptaron una forma de gobierno congregacionalista para sus iglesias. Aquí la iglesia local en sí misma, es el lugar de autoridad. Por lo tanto, las iglesias reformadas

han adoptado ya sea un gobierno presbiteriano o congregacional. Lo que las une en una «familia», más allá de las diferencias en el gobierno, es su compromiso en la manera en la que la revelación de Dios en la Santa Escritura, centrada en Jesucristo, ha sido comprendida por el liderazgo de la teología reformada y de las diferentes confesiones de la fe reformada.

El pueblo presbiteriano forma parte de una familia reformada más amplia, que pone su mirada en importantes líderes teológicos y también en las maneras en las que las personas reformadas de tiempos antiguos hasta el día presente han expresado su fe cristiana en confesiones o declaraciones de fe. En la Iglesia Presbiteriana (EE. UU. A.), una de las varias iglesias presbiterianas en los Estados Unidos, descubrimos lo que la iglesia cree por medio del *Libro de Confesiones*. Este es una colección de declaraciones de la fe cristiana de los primeros años de la iglesia (El Credo Niceno, el Credo de los Apóstoles), de la época de la Reforma (la Confesión Escocesa, el Catecismo de Heidelberg, la Segunda Confesión Helvética, la Confesión de fe de Westminster, y los Catecismos Mayor y Menor), y de tiempos contemporáneos (la Declaración Teológica de Barmen, la Confesión de 1967, la Confesión de Belhar y Una Breve Declaración de Fe). Dondequiera que la familia reformada ha estado, ha deseado expresar lo que cree acerca de quién es Dios y lo que Dios hace. Las declaraciones teológicas que han resultado son vistas por otras personas que son parte de la comunidad cristiana reformada en nuestros días como maneras instructivas de articular y expresar sus creencias cristianas.

La Iglesia Presbiteriana es parte de una familia reformada más amplia. Hay más de 75 millones de personas cristianas reformadas en 218 iglesias, en 107 países que pertenecen a la organización llamada la Alianza Mundial de Iglesias Reformadas. La Iglesia Presbiteriana (EE. UU. A.) es la más grande de, por lo menos nueve denominaciones presbiterianas en Estados Unidos. Fue formada en 1983 por la unión de dos cuerpos presbiterianos que se habían separado, principalmente por el asunto de la esclavitud, durante la Guerra Civil de los Estados Unidos.

La Iglesia Presbiteriana siempre ha estado interesada en la teología. La teología es la manera en la que articulamos nuestra fe y expresamos lo que creemos. Por lo tanto, la familia presbiteriana ha tomado muy en serio la teología —tan «seriamente,» que en ocasiones han dividido aún más el cuerpo de Cristo, formando desafortunadamente cada vez más denominaciones presbiterianas. Aunque la familia presbiteriana difiere teológicamente entre sí, hay afirmaciones teológicas, o maneras de entender la fe cristiana, que han sido y continúan siendo de especial énfasis entre la familia presbiteriana. Nuestro encuentro ahora se concentrará en lo que cree esta comunidad de fe.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

¿En qué cree el pueblo presbiteriano? Biblia

La Iglesia Presbiteriana cree en la existencia de Dios y que Dios se ha revelado a la humanidad. Dios es el creador de todas las cosas. El trabajo creador de Dios es expresado en todas las cosas que nos rodean. Sin embargo, no todas las personas reconocen la actividad de Dios y lo que

Dios ha hecho en este mundo. El pueblo presbiteriano cree que esta falta de reconocimiento es consecuencia del pecado humano. ¡Los seres humanos necesitan una revelación de Dios que impacte sus vidas! Por lo tanto, Dios se ha acercado al mundo para proporcionar no sólo una revelación general—de lo que Dios ha hecho, en la creación del mundo y en la naturaleza y la historia—sino también una revelación especial, que es la Biblia. La Biblia es la auto-revelación de Dios, o la comunicación propia de Dios. Dios reveló quién es al pueblo de Israel en el Antiguo Testamento (las Escrituras hebreas) y supremamente a las personas de la iglesia en el Nuevo Testamento—en la persona de Jesucristo. La Biblia es una revelación especial por que transmite un conocimiento de Dios que no habríamos tenido por ningún otro medio, y un conocimiento de Dios que no podemos encontrar en ningún otro lugar. La Biblia es llamada la Palabra de Dios. Las Escrituras expresan quién es Dios y lo que Dios hace, así como lo que Dios desea para el mundo y para la humanidad. La Biblia es la expresión de la voluntad de Dios. Esta cuenta la historia de la actividad de Dios en el mundo creado y con el pueblo de Dios a través del Antiguo y el Nuevo Testamento.

Por lo tanto, las personas presbiterianas creemos en la autoridad de las Escrituras. Es a las Escrituras a donde vamos para escuchar hablar a Dios y leer la Palabra de Dios. Creemos que el Espíritu Santo de Dios inspiró a los escritores bíblicos para que transmitieran lo que Dios deseaba comunicarle a la humanidad, para que ésta comprendiera quién es Dios y le adoraran y sirvieran de la manera que Dios desea. Por la labor del Espíritu Santo, percibimos la Biblia en nuestras vidas como la Palabra de Dios. El Espíritu nos da el regalo de la fe en Jesucristo, quien es revelado al pueblo de Dios por medio de las Escrituras, y el Espíritu nos testifica que la Biblia es revelación especial de Dios, la Palabra de Dios—el medio que Dios utiliza para transmitir su conocimiento y su voluntad para con su pueblo. De ahí que la Biblia sea tan central a las creencias y prácticas presbiterianas.

¿Qué lugar tiene la Biblia en su fe? ¿Cómo interpreta, en sus propias palabras, que Dios inspiró a los escritores bíblicos para que transmitieran a la humanidad el mensaje que Dios deseaba ofrecerle?

Dios

La Biblia nos habla acerca de un Dios que creó el mundo y que ama al mundo. Esta es la historia central de las Escrituras. Es importante creer que Dios existe y es aún más importante conocer la naturaleza de este Dios en quien creemos. El Dios revelado en las Escrituras es un Dios que toma la iniciativa de comunicarse con la humanidad y de llamar a las personas a una relación de amor y obediencia. El pueblo presbiteriano acentúa que Dios es un «Dios de Pacto». Un pacto es una promesa, o un convenio. A través de la Biblia descubrimos que Dios realiza pactos con individuos y grupos. Hubo pactos con Abraham y Sara, con el pueblo de Israel, con el Rey David, y con otras personas. En un pacto, Dios hace juramentos y promete cosas que son importantes. Los seres humanos también pueden hacer promesas en los pactos: obedecer a Dios, ser fiel a lo que Dios desea. Entendemos que el cumplimiento de todos los pactos bíblicos, es Jesucristo. Dios envió

a Jesucristo al mundo para acercar su amor a la humanidad, y a través de la vida, muerte, y resurrección de Jesucristo, la humanidad puede tener la relación con Dios que Dios desea. El pueblo presbiteriano afirma, junto a toda la comunidad cristiana, que Jesucristo es de quien se nos habla en el Antiguo Testamento como el Mesías prometido, y en quien todas las promesas de Dios encuentran su cumplimiento. Conocemos y creemos en Jesucristo quien, por la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas, nos da el regalo de la fe.

El Dios de pacto que conocemos en las Escrituras es el Dios viviente, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta es nuestra convicción cristiana central: Dios es un Dios en tres personas. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son todos completamente e igualmente Dios. Ellos están relacionados íntimamente el uno al otro como Dios, por la relación amorosa que les une. Ellos son un Dios, pero son tres personas. Eso es, un Dios personal que vive y obra, al mismo tiempo, en tres maneras diferentes. Dios es la realidad divina a quien conocemos como tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La teología presbiteriana, como la teología cristiana, comienza con el trino Dios. La Trinidad es el fundamento para comprender quién es Dios. Las tres personas son un Dios. Vemos a Dios en Jesucristo, en la obra del Espíritu Santo y a través de la revelación del Antiguo Testamento. Toda la obra de Dios es llevada a cabo por el único Dios. Sin embargo, Dios trabaja como tres personas divinas, unidas en el amor divino. La Biblia distingue el trabajo de las personas de la Divinidad. Pero creemos en y adoramos, como el himno dice, «Dios en tres personas, bendita Trinidad».

¿? La Trinidad puede ser una de las propuestas teológicas más difíciles de entender. ¿Cómo la ha entendido usted a través de su vida dentro de la iglesia? ¿Qué metáforas ha escuchado o ha usado usted mismo o misma para entenderla? ¿Cómo explicaría la Trinidad a alguien que le pidiera que le explicara la estrofa de «Santo, santo, santo» que habla de Dios en tres personas?

La creación y la providencia

El Dios que es fundamento de nuestras vidas y que es el Dios eterno que se revela en las Escrituras, es el Dios que creó, sostiene y dirige todas las cosas según sus propósitos divinos.

Encontramos esta afirmación en el primer versículo de la Biblia: «Dios creó el cielo y la tierra» (Génesis 1,1). Dios creó todas las cosas, «visibles e invisibles», como afirma el Credo Niceno. Toda la creación debe su existencia a Dios y pertenece a Dios. Esto incluye el universo alrededor nuestro y a los seres humanos dentro del mismo. Nacemos y Dios nos da el aliento de vida. Dios desea que vivamos nuestras vidas en la relación de amor que es descrita en los primeros dos capítulos del libro de Génesis, donde la humanidad tiene una bendecida confraternidad y comunión con Dios. Reconocer a Dios como nuestro creador es reconocer nuestra

dependencia en Dios, nuestra necesidad de confiar en Dios, y nuestra responsabilidad de vivir según los designios de Dios— de ser responsables del cuidado de la tierra, viviendo en relaciones de amor con el prójimo, y procurando hacer la voluntad de Dios en todas las cosas.

El pueblo presbiteriano cree que Dios creó todas las cosas y también, que Dios sostiene y dirige todas las cosas. A esto se le llama la doctrina de la providencia. Dios sostiene a la creación por su poder. ¡Si Dios hubiese creado todas las cosas y entonces se hubiera alejado, todo se desplomaría! El constante poder preservador de Dios es necesario para sustentar la creación. Más allá, el pueblo presbiteriano cree que Dios también participa en la creación. Una parte de la providencia es que Dios coopera con las personas que ha creado para trabajar en el mundo y llevar a cabo sus propósitos divinos. La humanidad puede tener una relación con Dios que nos permite compartir la obra de Dios y llevar a cabo su voluntad. La voluntad divina es el poder y el propósito detrás del universo. ¡La noticia maravillosa de la fe cristiana que comparte el pueblo presbiteriano es que la humanidad puede tomar parte en los propósitos divinos! Dios puede utilizarnos para llevar a cabo la voluntad de Dios para con la creación y la familia humana. Esto permite que nuestras vidas tengan propósito y significado; tomamos parte en el trabajo de Dios en este mundo. Podemos confiar en el plan divino y vivir buscando la dirección de Dios para guiarnos. Los propósitos finales de Dios serán cumplidos según la historia es revelada. Creemos que el reinado deseado por Dios será establecido. Sin embargo, en nuestro caminar hacia el futuro, podemos confiar en la providencia de Dios para sostener al mundo y para atraernos a los propósitos de Dios, porque mediante la obra del Espíritu Santo, Dios dirige nuestras vidas y la vida del mundo.

¿Qué piensa sobre la doctrina de la providencia como es descrita por el autor? ¿Qué sentimientos y pensamientos le provoca el ver a Dios preservando, protegiendo y cooperando con su creación?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

La humanidad y el pecado

Nuestras creencias presbiterianas en Dios como creador, sustentador, y gobernador de nuestras vidas crea unas enormes preguntas acerca de la naturaleza de la vida humana. ¿Para qué nos ha creado Dios? ¿Quiénes somos? ¿Qué significa el que Dios nos ha creado como una persona diferente a las demás? ¿Cuál es el propósito de nuestras vidas?

El pueblo presbiteriano ha enfatizado ciertas dimensiones de nuestras vidas como seres humanos. Por cuanto Dios nos ha creado y le pertenecemos, entonces Dios se preocupa por la totalidad de nuestras vidas. En el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento, como señaló Jesús, debemos amar a Dios con el corazón, con nuestra alma, con nuestra mente y con nuestra fuerza (Marcos 12,29-30). Debemos amar a Dios con la totalidad de nuestra existencia humana. Dios nos creó como personas integrales. Nuestras vidas deben reflejar nuestra creación y a quien nos creó. Dios desea que nos dediquemos en cuerpo y alma a nuestro amor a Dios, con todo nuestro ser.

Esto es importante porque significa que nuestra relación con Dios tiene que ver con todas las dimensiones de nuestra vida—cada parte de nuestras vidas, cada día. ¡No hay partes de nuestro ser en la que Dios no tenga interés! Así también cuidaremos a otras personas en la totalidad de sus vidas—nos preocuparemos por su bienestar tanto físico como espiritual. Este punto de vista es una perspectiva importante para iglesias que están llevando a cabo su ministerio.

El pueblo presbiteriano también ha enfatizado la enseñanza bíblica de que la humanidad ha sido creada a la «imagen de Dios» (Génesis 1,26-27). Somos creación de Dios y Dios nos ha creado a su imagen. Esto tiene grandes implicaciones. Debemos portar esa imagen— poniendo a Dios al alcance de otras personas. Hemos de ser representantes de Dios para otras personas. Otra manera de decir esto es que debemos imitar a Dios. Cuando las personas nos observan, deben recordar al Creador, quien nos creó en amor para amar a otras personas. De igual manera, cuando miramos a otra gente, debemos ver a nuestro prójimo, que también ha sido creado a la imagen de Dios. Las dimensiones exteriores—raza, sexo, ubicación social o económica—no pueden ser factores importantes. Lo más importante que podemos decir, es que todas las personas han sido creadas a la imagen de Dios. Dios nos ha llamado a reconocer su imagen en otras personas. El hacer esto es afirmar nuestra convicción central de que todo el mundo es igual y ha sido creado a la imagen divina.

Sin embargo, la visión de quienes somos no termina ahí. El pueblo cristiano afirma, y el presbiteriano también lo ha recalcado, que la imagen divina de Dios en las criaturas de Dios ha sido distorsionada, perturbada y fracturada. Los seres humanos, como sabemos hoy, no somos lo que deberíamos ser. Nos hemos ido en contra de la voluntad de Dios, hemos vivido con la vista puesta en nosotros/as mismos/as en vez de amar a Dios y a otras personas, y nos hemos resistido a vivir como Dios desea, buscando la justicia, mostrando el amor y anhelando la paz.

Estas son expresiones de lo que la Biblia llama pecado. El pecado es nuestra rebelión en contra de Dios, nuestro designio de seguir nuestros propios senderos en vez de los de Dios, y nuestros deseos de seguir nuestra propia voluntad en vez de seguir la voluntad de Dios. Sin embargo, en ocasiones pecamos, al tratar de escondernos de Dios; retrocediendo del amor de Dios y de las relaciones y el servicio que Dios desea. La Biblia utiliza muchas imágenes para describir la maldad humana. La humanidad es pecadora en lo que hacemos y en lo que somos. Hemos destruido la imagen de Dios y ahora no reflejamos a Dios, ni reflejamos a Dios a otras personas. Como nos indica nuestra Breve Declaración de Fe: «... violamos la imagen de Dios en otros y en nosotros mismos, aceptamos las mentiras como verdad, explotamos al prójimo y a la naturaleza, y amenazamos de muerte al planeta confiado a nuestro cuidado. Merecemos la condenación de Dios» (Libro de Confesiones, 10.3).

Teológicamente, nuestra condición pecaminosa es llamada pecado original. Esto significa que el pecado ha jugado un papel en nuestros orígenes como seres humanos, y que ahora todas las personas son pecadoras y en

necesidad del perdón, de la misericordia y de la gracia de Dios. Nuestro pecado afecta la totalidad de nuestras vidas. Por nuestra cuenta, no podemos lograr establecer la relación que Dios desea tener con sus hijos e hijas. No podemos, porque nuestras vidas están orientadas a dar la espalda a Dios y a estar concentradas en nuestra propia situación de vida de tal forma que no deseamos vivir de otra manera. Los resultados son que nuestros amores, nuestras decisiones, y la dirección completa de nuestra vida gira alrededor de nuestras propias vidas y lejos de los propósitos de Dios para ellas. No podemos cambiar nuestra propia naturaleza. Necesitamos ayuda divina si deseamos encontrar perdón y libertad de nuestra culpa, y del pecado. En resumen, necesitamos un Salvador.

Estudios bíblicos reformados

HOJA PARA EL GRUPO 2

¿En qué cree el pueblo presbiteriano?

LECTURA BÍBLICA

Juan 3,16; Juan 10,10; Romanos 5,8; 1 Corintios 15,4; Juan 10,28; 11,25; Marcos 1,14–15; Juan 3,3; Salmo 19,11; 1 Corintios 12,3; Efesios 2,8-9; Romanos 3,23; Romanos 6,17; 2 Corintios 5,16-17; Romanos 8,29-30; Marcos 13,27; Romanos 8,33; 2 Timoteo 2,10; Efesios 1,4; Lucas 2,10; Colosenses 3,12; Tito 1,1; 1 Pedro 1,2; Hechos 1,8; 1 Corintios 11,23-26; Marcos 1,15; Mateo 13,31-33; Filipenses 2,11

LIBRO DE CONFESIONES

11.2; 9.31; 10.5

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR

«Porque por gracia son salvos por medio de la fe; y esto no de ustedes pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe».

— Efesios 2,8-9

RECUERDE QUE...

el pueblo presbiteriano recibe la invitación a entender que significa la palabra «presbiteriano» y en qué cree la iglesia presbiteriana, para así entender su identidad dentro de la familia cristiana.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Hemos visto que el pueblo presbiteriano tiene varias creencias teológicas en común con otras familias del cristianismo: Dios ha sido revelado en las Escrituras; adoramos a Dios como un Dios Trino, un Dios en tres personas; Dios ha creado el mundo y está continuamente involucrado con el mundo; Dios ha creado al ser humano para vivir en relación con Dios, pero nos hemos alejado de Dios para seguir nuestra propia voluntad y somos personas pecadoras.

Entre los énfasis particularmente importantes para el pueblo presbiteriano, está el que, por obra del Espíritu Santo, reconocemos la autoridad de las Escrituras para nuestras vidas; que Dios es un Dios de pacto, que entra en relación con las personas; que Dios dirige nuestras vidas y la historia humana por medio de su providencia; y que la humanidad pecadora, por sí misma, no puede establecer una relación con Dios, por tanto, necesitamos el amor y el poder de Dios para logra ser el pueblo que Dios desea.

Las buenas noticias del evangelio cristiano y el mensaje que proclama el pueblo presbiteriano es que el Dios Trino, el Creador, el Dios de pacto que es revelado en las Escrituras se ha acercado para lograr que la humanidad pecadora alcance una relación y una vida según los designios de Dios. Dios ha hecho esto por medio de Jesucristo. La acción de Dios al enviar a Jesucristo al mundo provee salvación para las personas que en fe creen en Cristo. Aquí describiremos lo que cree el pueblo presbiteriano acerca de estas realidades tan importantes.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Jesucristo

El pueblo presbiteriano cree que la historia de la Biblia es la historia de Dios acercándose a su creación en amor—un amor que es completa y perfectamente expresado en Jesucristo. El mensaje de las Escrituras es resumido en Juan 3,16: «Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree no se pierda mas tenga vida eterna».

El pueblo presbiteriano cree que Jesucristo es el hijo eternal de Dios, la «Palabra» de Dios que era «con Dios» y que «era Dios» (Juan 1,1). Al mismo tiempo, creemos que «la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1,14). Estos dos versículos llegaron a ser discutidos con más profundidad en las controversias teológicas de la iglesia primitiva en donde la iglesia afirmó que Jesucristo es «plenamente humano, plenamente Dios» (Una Breve Declaración de Fe, 11.2). Teológicamente hablando, a esto se le conoce como la encarnación. Dios se ha convertido en un ser humano por medio

de Jesucristo. Jesucristo es Emanuel— «Dios con nosotros/as». La iglesia cristiana proclama tanto la humanidad, como la divinidad de Jesús. Él es la segunda persona de la Trinidad, que ha venido a la tierra y «murió por nosotros», «siendo aún pecadores» como una expresión del amor de Dios (Romanos 5,8).

Junto a otras familias cristianas, el pueblo presbiteriano cree que por medio de la muerte de Jesucristo encontramos salvación. Dios y la humanidad son reunidos; el pecado es perdonado; la culpa desaparece; y una manera completamente nueva de vivir es dada a la humanidad. Hay muchas imágenes bíblicas que describen esto: el perdón, la reconciliación, la expiación, la liberación, la redención, y la justificación. Estos conceptos describen diferentes aspectos del mensaje central del Evangelio: el poder del pecado sobre la vida humana es destruido y por medio de Jesucristo ahora es posible una nueva relación de amor con Dios. ¡Estas son las buenas nuevas!

La muerte de Jesús en la cruz une a Dios y a la humanidad en una relación destinada desde la creación. Teológicamente, esto es conocido como la expiación. Dios «expía», le borra los pecados, a la humanidad. Esto coloca nuestra relación con Dios en una nueva base. Ya no nos concentramos en nuestro propio ser. Ahora somos libres para vivir vidas de amor, de justicia, de paz, y de servicio, porque Jesucristo con su muerte ha derrotado el poder del pecado sobre nuestras vidas, y en última instancia, en la vida del mundo. En la cruz de Cristo, el amor de Dios para su pueblo es mostrado, en que Dios ha hecho por su pueblo lo que éste nunca hubiese podido hacer por sí mismo: se acercó para salvarnos y para traernos salvación.

Por la resurrección de Jesucristo, la muerte de Cristo se hace efectiva para con si pueblo. Si Cristo hubiese muerto y permanecido muerto, su muerte no hubiese tenido poder más allá de ser un ejemplo importante. Su muerte no habría tenido el poder de salvarnos ni brindarnos una nueva vida de perdón y reconciliación. La cruz es el símbolo central de la cristiandad. Sin embargo, el pueblo presbiteriano hace énfasis en que la cruz ahora está vacía. ¡Jesucristo ha resucitado! La resurrección de Cristo justifica la vida que Jesús vivió, convirtiendo el amor de Dios en acción. La resurrección reivindica la muerte que Cristo sufrió, mostrando así el persistente amor de Dios al resucitarlo de la muerte (1 Corintios 15,4). La muerte no tiene la última palabra porque, por el poder de Dios, Cristo está vivo, y su muerte ahora tiene el poder de traer la reconciliación que Dios desea. La resurrección de Cristo significa que, para el pueblo de Dios, el poder del pecado es destruido, que no debemos temer a la muerte, y que la «vida eterna» que Jesucristo proclamó (Juan 10,28; 11,25) y el reinado de Dios que él personificó, donde el pecado y la maldad son derrotados, (Marcos 1,14–15) son ahora una realidad.

¿Qué significa para usted que Jesucristo es «plenamente humano, plenamente Dios» como afirma la Breve Declaración de Fe? ¿Qué importancia tiene eso para su fe?

El Espíritu Santo

La salvación viene a través de la obra de Jesucristo y por medio del Espíritu Santo.

El Espíritu es la tercera persona de la Trinidad, la que impone lo que Dios ha realizado. El Espíritu nos ilumina, abre nuestros ojos para ver las Escrituras como la Palabra de Dios y nos permite confesar a Jesucristo como Hijo de Dios, y nuestro Señor y Salvador. El Espíritu nos regala la fe. La fe es el medio que Dios utiliza para establecer la conexión entre lo que Dios ha hecho y la humanidad, por quien Dios ha actuado. Percibimos quién es Jesucristo por el regalo de la fe. El pueblo presbiteriano cree que el poder del pecado es tan penetrante y abarcador que nuestros corazones y mentes son distanciados de Dios y de todo deseo de tener una relación con Dios. Por la obra del Espíritu Santo, el regalo de la fe es dado para que observemos la realidad de una nueva manera. ¡Nuestros corazones, mentes, y voluntades son hechos nuevos!

La clase teológica llama a esto el testimonio del Espíritu Santo. El pueblo presbiteriano siempre ha enfatizado que obtenemos la fe en Cristo como Señor y Salvador por la divina obra de Dios, a través del Espíritu Santo, y no por nuestro propio poder de razonamiento, ni por la intuición, o por la experiencia. Dios ha provisto la salvación como un obsequio gratuito en Jesucristo. Reconocemos, recibimos, y creemos en este regalo por la obra del Espíritu Santo. El Espíritu nos permite mirar la creación y percibirla como la obra de Dios. Como declaró el salmista, «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Salmo 19,1). Cuando, por fe, conocemos la realidad de Dios, entonces podemos ver la naturaleza que nos rodea como el trabajo glorioso de Dios. Recibimos la fe por el Espíritu Santo. El Espíritu hace real y efectivo el trabajo de Cristo en nuestras vidas, haciéndonos «nacer de nuevo» (Juan 3,3). El Espíritu vence el poder del pecado en nuestras vidas y nos hace nuevas personas. A esto le llamamos regeneración—que el espíritu, al darnos el regalo de la fe, renueva toda nuestra vida. Es por fe que percibimos la realidad de lo que Dios ha hecho en Cristo. Como Pablo escribió, «Tampoco nadie puede decir: "Jesús es el Señor", sino por el Espíritu Santo» (1 Corintios 12,3).

El autor dice que el ser humano no puede obtener la fe por su «propio poder de razonamiento, ni por la intuición, o por la experiencia». ¿Qué piensa sobre esta afirmación? ¿Por qué cree que la teología presbiteriana pone importancia en afirmar que obtenemos la fe en Cristo como Señor y Salvador por la divina obra de Dios?

La salvación por gracia

La obra de Dios al proveernos la salvación por medio de Jesucristo es el trabajo de la gracia de Dios. La «gracia» es un favor inmerecido por parte de Dios. Cuando recibimos la gracia de Dios, estamos recibiendo algo que nunca podríamos merecer ni podemos ganar por cuenta propia. Es un obsequio. Efesios lo expresa claramente: «Porque por gracia son salvos por

medio de la fe; y esto no de ustedes pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2,8-9). La salvación que recibimos en Jesucristo proviene de Dios; el que recibamos la salvación proviene de la obra del Espíritu Santo, quien nos da el regalo de la fe. Recibimos la obra del Dios Trino, y recibimos los beneficios de la salvación por la obra de Dios.

Una de las declaraciones más esenciales de la fe presbiteriana y reformada es que la salvación es por gracia y no por obras. Lea Efesios 2. ¿Por qué piensa que es tan importante para Pablo el dejar claro a la iglesia en Éfeso que la salvación le es dada por la obra de Dios y no de los seres humanos?

La elección y la predestinación

El pueblo presbiteriano es conocido por creer en la predestinación o la elección. Se ha caricaturizado mucho esta doctrina. Algunas personas piensan que esto significa que las personas se ven a sí mismas como parte de una «élite» o como «el pueblo escogido» de Dios y por lo tanto no se preocupan por otras personas cristianas y solo por sí mismas. También existe la creencia de que, si usted cree en la predestinación, no tendrá interés en el evangelismo o en esparcir el evangelio, y que la elección lleva a una vida cristiana de indiferencia — haciendo lo que a la persona le plazca porque ya es salva «automáticamente».

Por el contrario, el pueblo presbiteriano afirma su creencia en la predestinación o en la elección porque entiende que es algo bíblico y porque cree que al hacerlo glorifica a Dios y afirma la grandeza de Dios y su soberanía sobre todas las cosas.

La «predestinación» y la «elección» a menudo son utilizadas como sinónimos. Ambas se refieren a la obra de Dios mediante la salvación. Si todas las personas han cometido pecado (Romanos 3,23) y son esclavas del poder del pecado (Romanos 6,17) y están muertas «en sus delitos y pecados» (Efesios 2,1), entonces necesitan a un Salvador. El mensaje del evangelio es que Dios ha enviado a Jesucristo al mundo para proporcionarnos salvación— para que podamos convertirnos en una «nueva criatura» —en personas que son reconciliadas con Dios en Jesucristo (2 Corintios 5,16-17), por la obra del Espíritu Santo. «Y todo esto», escribió Pablo, «proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos ha dado el ministerio de la reconciliación» (2 Corintios 5,18). En otras palabras, Dios ha hecho para con su pueblo lo que éste no hubiese podido hacer por sí mismo. Dios se ha acercado para salvarnos y hacernos nuevas criaturas en Jesucristo.

La elección y la predestinación son proclamaciones de que nuestra salvación pertenece a la obra de Dios, que Dios ha tomado la iniciativa, y que la obra de la salvación es la obra de Dios en nuestra vida. Es otra manera de decir que la salvación es da por la gracia de Dios. No es por nuestras propias fuerzas ni nuestras obras que recibimos salvación; es por el inmerecido

favor de Dios, quien proporciona el regalo de la fe por medio de la obra del Espíritu Santo. El pueblo presbiteriano, del que somos parte, cree que las Escrituras afirman que Dios ha predestinado a personas a la salvación (Romanos 8,29-30) y se refiere a ellas como las «escogidas» de Dios (Marcos 13,27; Romanos 8,33; 2 Timoteo 2,10). Es Cristo quien «nos escogió en él desde antes de la fundación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha delante de él» (Efesios 1,4).

La elección y la predestinación nos son de gran consuelo. Nos recuerdan que es el poder de Dios quien nos salva y no nuestra propia debilidad o nuestros poderes imaginarios. La certeza de la salvación descansa en Dios quien nos ha dado la salvación en Cristo. No tenemos que preocuparnos o especular acerca de nuestra salvación. Debemos simplemente preguntarnos, «¿Creo en Jesucristo?». Si creemos, reconocemos que lo hacemos por el poder del Espíritu Santo y que nuestra salvación está segura en los propósitos de elección de Dios. No debemos— ¡ni tenemos! —que especular acerca de si otras personas son o no escogidas. Nuestra misión es la de proclamar el evangelio a todas las personas y confiar en los propósitos de elección de Dios en Cristo por el Espíritu Santo; es decir, atraer a las personas a la fe. La elección y la predestinación nos dan gran libertad de tener seguridad en Cristo y de vivir la vida en agradecida obediencia por la «buena noticia, que será motivo de gran alegría para todo el mundo» que los ángeles cantaron cuando Jesucristo nació (Lucas 2,10).

¿Ha escuchado hablar sobre la elección y la predestinación en su congregación? ¿Cuáles son sus pensamientos sobre el tema? ¿Qué piensa sobre el pensamiento de que estas interpretaciones teológicas de la manera en que Dios nos salva pueden ser de consuelo para la gente cristiana?

La Iglesia

Teológicamente, la iglesia es el pueblo de Dios (Colosenses 3,12; Tito 1,1; 1 Pedro 1,2). El pueblo de Israel en el Antiguo Testamento, con quien Dios realizó un pacto, y la iglesia de Dios en el Nuevo Testamento—las personas que creen en Jesucristo—son las que han sido escogidas por Dios para hacer su obra en este mundo. La iglesia es el pueblo del pacto de Dios, que por fe es reunido en Jesucristo. Procuramos servir a Dios como discípulos y discípulas de Cristo en el mundo porque creemos en Él. Es por medio de la iniciativa de Dios que se establece la iglesia. Es Dios quien «llama», quien otorga el regalo de la fe, y quien por medio del Espíritu Santo está con la iglesia para dirigirla, fortalecerla y equiparla, de tal manera que pueda llevar a cabo su misión y ministerio en el mundo. Como expone la Confesión de 1967: «El estar reconciliado con Dios significa ser enviado al mundo como su comunidad reconciliadora». (*Libro de Confesiones* 9.31).

El pueblo presbiteriano cree en «la iglesia visible», que es el cuerpo de creyentes que vemos a nuestro alrededor, asistiendo a los cultos de adoración y vinculándose de alguna manera con la iglesia. Todas las personas que confiesan su fe en Cristo—sin consideración de raza, sexo, ubicación social o económica—son parte de la iglesia visible. La iglesia es el

lugar en donde comienzan los ministerios en el nombre de Jesucristo. A la iglesia le es encargado el mensaje de reconciliación en Cristo y sirve a Cristo esparciendo las buenas noticias del evangelio, trabajando en favor de la paz, buscando la justicia, dando sanidad, y comprometiéndose a llevar a cabo los propósitos de Dios en el mundo—aún en medio de situaciones sociales, culturales o políticas difíciles. La iglesia visible da testimonio de Jesucristo (Hechos 1,8).

También creemos en la «iglesia invisible», que es la iglesia que solo Dios conoce, y son todas las personas que tienen una genuina fe en Jesucristo. A veces hay personas que se unen a una iglesia pero que luego se alejan y no ejercitan más su fe. Algunas pueden hacer una profesión de fe que no es verdadera ni sincera. Estas personas pueden formar parte de la iglesia visible pero no de la iglesia invisible ya que no aman sinceramente a Jesucristo. En fin, la iglesia invisible son las personas elegidas por Dios a través de todos los tiempos, lo que es llamado en el Credo de los Apóstoles «la comunión de los santos». La realidad es que no nos toca la tarea de determinar quién es verdaderamente cristiano o quien profesa verdaderamente su fe. Las puertas a ser parte de la feligresía de la iglesia deben estar siempre abiertas a todas las personas que confiesan su fe en Jesucristo. La realidad de la profesión sólo Dios la conoce. Por lo tanto, no es nuestro trabajo juzgar. Sin embargo, el pueblo presbiteriano tiene una visión completa de la iglesia, que pone su vista en las personas que han ido antes, a las que son la iglesia de hoy, y a las que vendrán después como parte de «la iglesia de Dios».

¿Qué importancia tiene para la fe cristiana, si cree que la tiene, el pensar en una iglesia visible e invisible? ¿Cómo le hace sentir la posibilidad de ser parte de una iglesia que fue, que es y que estará presente en todo tiempo?

Los sacramentos

El pueblo presbiteriano cree en dos sacramentos en la iglesia: el Bautismo y la Cena del Señor o Santa Cena. Estos son recibidos durante el culto de adoración de la iglesia, donde el pueblo de Dios se reúne para alabar y glorificar a Dios, y para celebrar lo que Dios ha hecho. Los sacramentos son regalos de Dios para darnos fortaleza y alimentar nuestra fe. Estos son señales exteriores o visibles de una realidad que es invisible.

El Bautismo es una señal del pacto de Dios, en la que Dios da la bienvenida a la familia de la fe, la iglesia, a las personas que son nuevas creyentes. El Bautismo de infantes es una parte importante de la teología presbiteriana, en el que vemos a los hijos e hijas de la comunidad creyente ser llevados y llevadas a la iglesia como parte de la comunidad del pacto. La madre y el padre de la criatura actúan a favor de ella al profesar su fe, mientras la congregación de fieles promete alimentar y favorecer la fe cristiana del niño o de la niña. Cuando el niño o la niña ha crecido, puede ocurrir una reafirmación de los votos hechos por otras personas en el bautismo, por medio de una profesión personal de fe en Cristo.

La Santa Cena es la acción por parte de Dios de alimentar nuestra fe por medio de su gracia en Cristo. Cuando comemos del pan y bebemos de la copa, recibimos los beneficios de la muerte de Cristo para con su pueblo. Nuestra fe es fortalecida por la presencia de Cristo en la Cena, expresando las bendiciones del evangelio y dándonos la seguridad de su presencia con su pueblo en todas las facetas de la vida y del reinado absoluto de Dios (1 Corintios 11,23-26).

La Iglesia Presbiteriana siempre ha afirmado el bautismo de los y las bebés como parte importante de su entendimiento teológico de la gracia y la obra de Dios, aunque esto es diferente en otras partes de la familia cristiana. ¿Cuál es el rol de Dios dentro del bautismo infantil bajo el entendimiento presbiteriano? ¿Cuál es el rol de la madre y el padre? ¿Cuál es el rol de la congregación?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

La vida futura

La Biblia es la historia de la salvación. El panorama general de la Biblia es que el Dios de pacto está obrando en la historia, en medio de todos los pueblos y todas las culturas, con el fin de establecer el reino de Dios. El reino absoluto de Dios es caracterizado por el conocimiento de Dios, la obediencia a Dios, el reinado de justicia de Dios, y la paz (*shalom* en hebreo) entre las naciones. El reino de Dios está tomando forma en el mundo, aún mientras Jesús lo proclamaba (Marcos 1,15). Es imperceptible ahora, pero su éxito está asegurado (Mateo 13,31-33). Sin embargo, podemos verlo fugazmente. El reino de Dios se perfila en las cosas aparentemente pequeñas e insignificantes, como Jesús nos indicó en sus parábolas. Dios establece su propósito divino en medio de la historia. En un sentido, el reino «ya ha llegado» en la persona de Jesús mismo, quien en su vida, muerte, y resurrección estableció el reino de Dios en el mundo. Sin embargo, el reino de igual manera «todavía no está». Vivimos anticipando el cumplimiento absoluto del reino de Dios y el día en que «toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor» (Filipenses 2,11).

Otras dimensiones bíblicas de la vida futura—la segunda venida de Jesucristo, el juicio final, el estado final—son elementos que también serán revelados en el futuro. Sin embargo, el pueblo presbiteriano del que somos parte afirma que el futuro está seguro en las manos de Dios, que podemos confiar en que el reinado de Dios emergerá, y que «con los creyentes en todos tiempos y lugares, nos gozamos de que nada en la vida o en la muerte puede separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro» (*Libro de Confesiones* 10.5).